

# ÁNGELES DE COMPOSTELA O LAS PIEDRAS SIENTE

ASUN BERNÁRDEZ RODAL

Tiene la expresión poética algo de premonitorio, algo de avanzadilla en el tiempo que la acerca a la magia de las cosas. Lo poético es capaz de substraerse al devenir, a la temporalidad que nos envuelve. Leo *Ángeles de Compostela*, y consigue despertar en mí reflexiones que pertenecen más a nuestros días que a aquellos que vivía el poeta mientras escribía el libro. Los tiempos cambian y las preocupaciones humanas con ellos, pero el arte está ahí para hacernos pensar sobre nosotros mismos y nuestra relación con el mundo.

Nuestro entorno contemporáneo se caracteriza por estar formado por un sinnúmero de objetos. Nos encontramos instalados en un universo material, repleto de cosas que se han convertido en el centro de la felicidad. Hasta hace poco tiempo, la filosofía occidental se había esforzado en clarificar la posición del hombre en el mundo, en relación con dos polos opuestos: Dios y los animales. Pero hoy en día lo divino ya no representa una medida comparativa para el hombre como había venido ocurriendo desde los griegos. Ahora nuestra posición viene determinada por los objetos. Nos preocupan las cosas, lo que es el mundo material, lo que se sitúa más alejado de lo humano por ser pura materia privada del hálito de vida.

El universo de los objetos, de lo material, al convertirse en piedra angular de nuestra existencia ha hecho que surgieran en nosotros preguntas sobre la existencia de lo inanimado, de lo inorgánico. La preocupación no es sólo filosófica, sino que trabajos artísticos de distinta índole han llegado a crear un imaginario colectivo sobre el tema. Así, por ejemplo, la ciencia-ficción se ha ocupado en los últimos tiempos en jugar con los conceptos de orgánico e inorgánico confundiendo y sobreponiendo lo natural y lo artificial: el viejo robot es abandonado en los desvanes de la memoria como un juguete viejo y es sustituido por figuras intermedias que participan de lo antropológico y lo tec-

cualesquier elemento del mundo... ¿tarea *inhumana*, *pétreo* la poética o simplemente *humanizadora*?

En la poesía en general, y en *Ángeles de Compostela* en particular, no existe una diferencia entre lo orgánico (que siente) y lo inorgánico (que no siente), todo el universo está dotado de sentimiento; incluso las piedras, esos objetos materiales tan alejados de «lo humano», precisamente porque simbólicamente son lo que permanece inmutable, cohesionado a lo largo del tiempo, y, por lo tanto, ajeno a los cambios continuos que forman el devenir de la existencia del hombre. Por eso, el lujo del lenguaje metafórico permite que el autor defina su propia voz como «de arista aguda y fría», porque los sonidos, la voz, lo etéreo puede ser a la vez lo más sólido, lo más material.

Gerardo Diego es ante todo un poeta, un artífice de la palabra que juega a hacer un simbolismo personal y universal a la vez, haciendo un juego ambivalente. La piedra es «la piedra madre», a pesar de ser lo más alejado de lo biológico, y puede por tanto dar la vida; y las piedras, rotas en muchos fragmentos simbolizan también la disgregación física y mental, la enfermedad o la derrota. Por eso, en un poema como *Lluvia o llanto* aparece el elemento pétreo disuelto ahora en arena:

*La tierra está sedienta, abierta, rota, / seca de aristas, dura de cristales. / El alma es toda vidrios y arenales. / Ni una flor, ni una brizna en ella brota.*

Las piedras están en relación con los elementos aparentemente más dispares y etéreos que le hacen perder sus cualidades de dureza e inmutabilidad, transformándose en un material nuevo e inexistente en la naturaleza. Así pueden navegar las aguas:

*Muero en el mar la ostola, / la piedra aquí flota, / vuota, yo lo*

bajos artísticos de distinta índole han llegado a crear un imaginario colectivo sobre el tema. Así, por ejemplo, la ciencia-ficción se ha ocupado en los últimos tiempos en jugar con los conceptos de orgánico e inorgánico confundiendo y sobreponiendo lo natural y lo artificial: el viejo robot es abandonado en los desvanes de la memoria como un juguete viejo y es sustituido por figuras intermedias que participan de lo antropológico y lo tecnológico, que son humanas y no-humanas a la vez. Surgen así los *cyborg* o los androides de *Blade Runner* que desconocen su condición de seres artificiales, y cuando la reconocen se aferran y luchan por ella. Pero la preocupación sobre el mundo de lo inmaterial no sólo se hace presente en la ciencia-ficción, sino que también en la literatura aparece en escritores como José Saramago, que en su reciente libro de narraciones cortas *Casi un objeto*, describe un universo donde los objetos cobran vida y son capaces de arrebatarse a los hombres el dominio sobre el entorno.

Seguramente a estas alturas estará surgiendo en la mente del lector la inevitable pregunta: ¿Pero qué tiene que ver todo esto con *Ángeles de Compostela* y Gerardo Diego? Simplemente, quiero poner en evidencia como algo que parece obvio para la creación poética, hace rechinar los resortes del sentido común: la existencia de un sentimiento de lo inmaterial, de lo inanimado está presente en nuestra cultura de diferentes formas, manifestándose en una gran variedad de expresiones artísticas. En el caso de Gerardo Diego, el sentimiento de lo inanimado aparece representado en los objetos que tradicionalmente se han considerado radicalmente alejados de lo humano: las piedras, elemento fundamental del libro. Por eso hablábamos al principio de la capacidad de lo poético para adaptarse a nuestras preocupaciones más temporales, más circunstanciales e inmediatas, cifradas en este caso en la pregunta ¿es posible atribuir un sentimiento a las piedras? ¿tenemos tan clara la división entre lo poético y el mundo *real*, que podemos aceptar de una manera obvia el sentimiento de lo inmaterial sin lo circunscribimos al proceso de humanización del arte? Por otra parte, si lo que separa el mundo de lo vivo de lo que no lo es, es la capacidad para sentir, y esa capacidad es atribuida por el poeta a

Las piedras están en relación con los elementos aparentemente más dispares y etéreos que le hacen perder sus cualidades de dureza e inmutabilidad, transformándose en un material nuevo e inexistente en la naturaleza. Así pueden navegar las aguas:

*Muere en el mar la estela, / la piedra aquí riela, / vuela, yo te lo digo, / meu amigo.*

o bien, ser modeladas por la música:

*El ritmo en vuestras túnicas modela / pliegues de piedra musical y estrías, / y las jambas –oh, esbeltas jerarquías– / entrecruzáis mientras la danza vuela.*

En *Ángeles de Compostela* se realiza una unión entre contrarios simbolizada precisamente por las figuras de los ángeles y de las piedras. Los ángeles que representan la espiritualidad, lo invisible, las fuerzas que ascienden, y, en definitiva, la tendencia del alma, no aparecen como radicalmente diferentes a las piedras, en su significado de materialidad incorruptible capaz de abstraerse al tiempo. Esta unión de contrarios aparece brillantemente expresada en el poema «La Gárgola»:

*Sueña la gárgola a cántaros / lo que va de sierpe a ángel (...)*

La diversidad, el sentimiento de las fuerzas bipolares que forman el universo se hace patente al final del poema:

*Allá abajo el chorro espeso / busca en las losas el valle, / el cielo de los suicidas. / ¿La gárgola fue antes ángel?*

La opacidad del lenguaje poético, su capacidad para traspasar la pura referencialidad, es lo que nos permite que una obra como *Ángeles de Compostela* nos transporte más allá del mundo al que remite su literalidad y podamos meditar sobre cuestiones que son de hoy, pero que están latentes desde siempre en el sentir poético.